



Tranco

RESPUESTAS

POPULARES

I



BX1765

F73

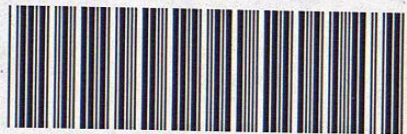
v. 1

1879

008120



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080016058

FRANCO
—
RESPUESTAS

TOMO PRIMERO

H
239.
S.

RESPUESTAS POPULARES

Á LAS

OBJECIONES

MAS COMUNES CONTRA LA RELIGION

POR EL

P. SEGUNDO FRANCO, D. C. D. J.

Y TRADUCIDA POR

D. JOSÉ MARIA CARULLA

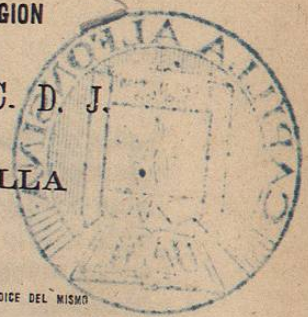
SEXTA EDICION

AÑADIDA Y CORREGIDA POR EL AUTOR.—CONCLUYE CON UN APÉNDICE DEL MISMO

sobre la

INFALIBILIDAD PONTIFICIA

Juditia Domini vera justificata
in semetipsa. (PSALM. XVIII.)



TOMO PRIMERO



UNIVERSIDAD DE LEON

Capilla de la Virgen

Biblioteca Universitaria

MADRID: 1879

LIBRERIA DE M. OLAMENDI
calle de la Paz, n.º 6

LIBRERIA DE A. JUBERA
calle de la Bola, n.º 3

44774

FRANCO
RESPUESTAS
TOMO PRIMERO

BX 1765

F73

V.1

1879

OBLACIONES



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Biblioteca Universitaria
Capilla Alfonso X

MADRID: 1879.—Imprenta de D. Antonio Perez Dubrull; Flor Baja, 22.

4477A

RESPUESTAS POPULARES

MAS COMUNES CONTRA LA RELIGION

P. SEGUNDO FRANCO, D. G.

D. JOSE MARIA CAJAL

SEXTA EDICION

TOMO PRIMERO

MADRID: 1879

LIBRERIA DE A. JUBERA

LIBRERIA DE M. OLIVERA

PRÓLOGO.

por ejemplo, que Dios no se cura de semejantes prácticas; que no son necesarias; que a Dios le basta el corazón, y cosas semejantes. No se cedía lo propio a los mismos. Cuando se experimentaba algún remordimiento, y allí en el fondo de su propia conciencia se reconocía disoluto, culpable. Ahora no acontece así: se mandando razones y estableciendo principios en virtud de los cuales se declaran inocentes, y afirma que no es malo seguir los

En todos los tiempos hubo pecados y pecadores. Decir lo contrario es solemne locura, desmentida por la razón y por la experiencia de todos los siglos. Si el nuestro ofrece algo de singular, es no quererse reconocer como mal y como pecado lo que verdaderamente es lo uno y lo otro. De forma que así como antes el que había cometido la culpa reconocíase, á lo ménos, pecador, en nuestros días los que la cometen hacen lo mismo que la mujer descrita por el Espíritu Santo, la cual, tapándose el rostro, dice que no ha hecho nada malo: *tergens os suum dicit, non sum operata malum.*

Hay más. Para excusar mejor la culpa, sostiénense axiomas, máximas y principios peores aún que los mismos actos que se quieren defender. Para que sirva de aviso al lector, hé aquí lo que con frecuencia sucede. Supongamos que alguno, por tedio ó por tibieza, falta en todo ó en parte á las prácticas del culto. No se considera, como antes, negligente y olvidadizo, sino que, para excusar y defender su negligencia y su descuido, recurre á principios falaces, y dice,

008120

por ejemplo, que Dios no se cuida de semejantes prácticas; que no son necesarias; que á Dios le basta el corazon, y cosas semejantes. No sucedia lo propio en los tiempos antiguos. Cuando un cristiano tenía la desventura de corromperse, experimentaba algun remordimiento, y allá en el fondo de su propia conciencia se reconocia disoluto, como lo era. Ahora no acontece así: va mendigando razones y estableciendo principios en virtud de los cuales se declara inocente, y afirma que no es malo seguir los impulsos de la naturaleza; que todos lo hacen así; que no se puede proceder de otra manera, etc., etc. Lo que digo de estos dos casos particulares, extendedlo á una multitud extraordinaria de prevaricaciones, para cada una de las cuales se han encontrado dichos, sentencias, principios y sofismas muy á propósito para excusarlas, hacerlas ménos horribles, justificarlas, en fin, plenamente.

Dos causas concurren con gran eficacia á engrosar el número de estos principios inícuos: las pasiones por una parte, y el protestantismo por otra. Las pasiones se han desenfrenado en estos últimos años de un modo extraordinario, gracias á la libertad absoluta que se les ha concedido, y se quieren, por consecuencia, desfogar. Para abandonarse completamente á ellas es preciso quitar del corazon todo remordimiento, y hacer que calle la conciencia. ¿Cómo conseguir esto? Con el auxilio de los axiomas y de los nuevos principios que se inventan y proclaman, y con llamar bien al mal, y mal al bien; donde no se puede mudar la intrínseca perversidad de las acciones que

se quieren cometer, engañarse, á lo ménos, cambiando su nombre.

La otra razón no ménos eficaz es el protestantismo, que si bien no está entre nosotros como habitador pacífico, lo está como pasajero y como huésped. Circulan por nuestro país tratados, novelas y libros que están grandemente infestados del espíritu protestante. Las máximas que contienen, proclamadas y repetidas cada dia, van poco á poco seduciendo á muchos incautos. Así como respirar continuamente un aire malsano y corrompido acaba con la salud más robusta, oír cada dia principios y máximas erróneas vicia, despues de algun tiempo, los entendimientos más sanos. Así, por vía de ejemplo, son ciertamente protestantes aquellos dichos que corren por tantas bocas, según los que todas las religiones son buenas; los caballeros no deben cambiar de religion; Dios quiere sólo el corazon; basta hacer bien; la confesion ha sido inventada por los sacerdotes; no son, en fin, necesarios tantos ritos y tantas prácticas exteriores. Trasciende á protestantismo tambien criticar la magnificencia de los templos sagrados, aborrecer al clero secular ó regular, tener en nada las oraciones hechas en comun, y sobre todo hablar mal sempiternamente del Papa y de los sagrados Pastores. Respiran espíritu protestante asimismo aquellas libertades que se proclaman en nuestros dias, de pensar, de hablar, de creer y de obrar. Vea cada uno qué materia tan vasta comprende el protestantismo, y cuántas son las máximas perversas que del mismo emanan.

No debe llorarse sólo la vastedad del daño que causa el espíritu protestante, porque son profundísimas las heridas que hace. Allí donde penetra con sus principios, quita hasta de raíz los puntos vitales de nuestras creencias, cuales son el Primado de San Pedro, la autoridad de la Iglesia, la verdad de los Sacramentos, la santidad del sacrificio, la invocación de los Santos, y otros semejantes. Destruye todo ejercicio de religión, porque ésta no cabe donde no es profundo el convencimiento de su verdad, y de que es preciso practicarla: hace que los fieles sean católicos poco más que de nombre, puesto que creen y viven como herejes.

Sin que trate de llorar inútilmente y de hacer trenos de Jeremías, cualquiera que conozca un poco la sociedad actual sabe hasta qué punto pasa en ella lo que llevo dicho. Hallamos familias enteras que se considerarían insultadas si se pusiera en duda su fé, y que tienen, sin embargo, metidas en la cabeza máximas tan extrañas y principios tan protestantes, que no hablarían de otra manera si hubieran sido educadas en Lóndres ó en Berlín. Muchos jóvenes que han crecido en las Universidades modernas procuran defender en las conversaciones y en las tertulias las teorías más contrarias al Catolicismo que nunca enseñaron los regalistas, los «doctrinarios» y los «volterianos.» Hasta jóvenes no pervertidas del todo enuncian ciertas proposiciones que causan horror: tanto hanlas oido repetir y sostener, que no sospechan siquiera la perversidad que contienen.

Si aún los que se llaman buenos y lo

son, supuesta la buena fé con que hablan y obran, llegan á infestarse con tantas máximas perversas, cualquiera puede considerar cómo estarán aquellos que miran como de leve monta lo referente al alma y á la Religión. Es imposible describir la perversidad de éstos. Algunos profesan á sangre fría el «volterianismo» más desenfrenado, y otros encomian como la mejor de las religiones el protestantismo, que es la negación de todas ellas. Quién defiende á las claras el socialismo, quién el comunismo, y hasta las obscenidades de Fourier y de San Simon encuentran alabadores y secuaces.

Considerando yo hace tiempo todo lo dicho, y deplorándolo de corazón, preguntábame á mí mismo si podría encontrarse algún medio para impedir tanta inundación de males. ¿Quién sabe, me decía, si los que yerran porque los han engañado, ya que no los que yerran con todo conocimiento de causa, se apartarían del error si alguno les avisase caritativamente? ¿Quién sabe si, al saber que aquellas máximas que repiten buenamente con imprudencia son perversas y contrarias á la pureza de la fé católica, se horrorizarían, decidiéndose á repudiarlas? Ciertamente puede aguardarse de no pocos un fruto semejante, supuesta la bondad de su vida y el amor que profesan aún á la verdad. Y si puede aguardarse tanto bien, ¿por qué no poner manos á la obra? Por estas consideraciones, resolví hacer una especie de catálogo de los errores principales que se defienden en materia de Religión, y presentarlos con algún orden á los ojos de mis lectores,

para que hallasen en el libro los principios y las máximas contra los cuales podrian naufragar su fé y su conciencia. No de otra suerte los que han de dirigir una nave encuentran en los mapas marítimos los escollos y los arrecifes de que deben apartarse.

Una duda surgió en mi espíritu. ¿Debia hacer de cada uno de los errores una refutación completa, ó bastaria manifestar que eran incompatibles con el Catolicismo? Este segundo camino era más llano y expedito, pero dejaba no poco que desear á los lectores razonables. Lo cual puedo decirlo aún de los católicos, quienes, si bien están dispuestos á someterse en las cosas de fé á la autoridad de la Iglesia, alégranse de saber las razones que ponen de realce la cordura y la prudencia con que manda su Madre. Era ciertamente más largo y más perfecto el otro camino; pero requeriria tal vez investigaciones sutiles y extensas, que generalmente causan tedio, y no comprenden todos con facilidad. He adoptado al fin un término medio. No haré un tratado sobre cada materia, ni prescindiré completamente de las razones buenas y sólidas que demuestren la falsedad del principio que trate de combatir.

Escogido he, sobre todo, aquellas razones que me parecieron más populares; porque, aún prescindiendo de que las razones más populares son frecuentemente las más poderosas, ¿de qué serviria perderse en razonamientos profundos, si despues no se comprendian? Los doctos nada pierden si son sencillos los razonamientos que se hacen; perderia

todo el pueblo si fuesen de cierta clase. Nadie se maravillará por esto de ver en más de una ocasion aducidas razones potísimas, que han alegado los sagrados Doctores, resolviendo completamente la cuestion á que se refieren, ni de hallar otras, por el contrario, que no todos emplean. La razon es que quizá desconfié de hacer populares las primeras, y esperé que podria inculcar mejor las segundas en la mente del pueblo.

Hé aquí lector, todo mi plan. No es, por consiguiente, lo que te presento un tratado en el cual se prueban á fondo las verdades que son su objeto: son respuestas que resuelven las dificultades populares, contra aquellas verdades que ya supongo probadas y establecidas. Si place á Su Majestad Divina concederme el tiempo y las fuerzas, te presentaré quizás más tarde la demostracion tambien de aquellas verdades en una obra de mayor volumen que tengo comenzada; para el fin presente, creo que puede bastar lo manifestado.

Además, lector, te aviso que hallarás en esta sexta edicion, fuera de muchas correcciones, algunos capítulos más que en las precedentes. Como en la segunda edicion, á las dificultades que impiden creer he procurado que siguieran las que impiden obrar bien: en la presente, despues de haber ordenado en algunos capítulos las cosas dichas aquí y allá relativamente al dominio temporal del Sumo Pontífice, he sometido á exámen los célebres principios de la no-intervencion, de la nacionalidad, de los hechos consumados, etc., que de algun tiempo á esta parte meten tanto

ruido. Confío, por lo tanto, que este trabajo no insignificante, respondiéndolo cada vez más á las necesidades actuales, no tendrá tantas imperfecciones.

Haga Dios, para cuya gloria he tomado sólo esta fatiga ténue, que proporcione verdaderamente alguna utilidad á los lectores, ora descubriéndoles aquellas falsedades que hayan oscurecido su inteligencia, ora haciéndoles vislumbrar límpida á su mirada cualquiera verdad que desconozcan; lo cual espero solamente de Aquel que puede realizar todos los buenos deseos.

Habia escrito hasta aquí para la edicion primera. Ahora necesito añadir algunas frases para la presente. Dios, que en su amable Providencia con los hombres, mira mucho más la buena voluntad que la obra, se complació en bendecir este libro abundantemente, á juzgar por el número de las ediciones y de las traducciones en idiomas extranjeros que se hicieron en poco tiempo, contra lo que yo esperaba; lo cual, á la par que obligame á sentir la más viva gratitud al Señor, como verdaderamente se la profeso, me mueve á poner todos los medios para mejorar este pobre trabajo mio. Y ciertamente que la cosa es necesaria, puesto caso que, aún prescindiendo de los defectos que son completamente míos, y de la flaqueza de mis fuerzas, en alguna edicion, sin contar las muchas incorrecciones, han saltado hasta no pocas líneas enteras. Aun esto pudiera pasar por errores de imprenta, que un lector perspicaz reconoce fácilmente como tales. Lo peor es que en la úl-

tima edicion hecha en Roma, por un hecho independiente de la tipografía, y por celo de ignoro quién, se han notado ciertas modificaciones que á veces cambian el sentido y me ponen en contradiccion conmigo propio: á veces me hacen apoyar y defender opiniones diferentes de las que habia expresado. Ahora bien: así como yo ciertamente no soy de los que en materias donde la Iglesia concede libertad de opinion quieren constreñir á los demás á la mia, quisiera también que aquella libertad que otorgo á los demás me fuese tolerada; lo cual me parece tanto más razonable, cuanto he puesto mucho cuidado para no separarme de aquellas opiniones más comunes y más respetadas. Hé aquí la razon por la cual en esta edicion he consignado nuevamente aquellos pasajes como estaban en las anteriores, únicas que, juntamente con ésta, reconozco por mías.

Además, con el fin de que mi libro responda mucho mejor á las necesidades de los tiempos, parecióme oportuno añadir algunas nuevas objeciones, con sus respuestas convenientes, resolver algun punto ya tratado, y retocar aquí y allá ciertas expresiones defectuosas. Verdad es que todas estas cosas se han hecho, como también el libro, precipitadamente, por la escasez del tiempo: cúpleme rogar, con todo, á los que más adelante quisieran reproducir la obra, y traducirla nuevamente á otro idioma, que se valgan preferentemente de esta edicion, por ser sin duda la ménos imperfecta.